

Curso acelerado de platonismo

Lógica y crítica. Lecciones de filosofía

Estanislao Zuleta

Hombre Nuevo Editores, Medellín,

2003, 249 págs.

Así como es imprescindible leer a Estanislao Zuleta, siempre mejor escritor que filósofo, como en sus ensayos sobre Thomas Mann, es triste observar de qué manera un hombre tan inteligente dilapidó gran parte de su agudeza tratando de concordar las dos más grandes supersticiones del siglo XX: marxismo y psicoanálisis. Zuleta fue hombre de su tiempo, de su siglo, un provinciano en el río del tiempo. Su *Elogio de la dificultad* ha pasado a convertirse en pieza de verdadera antología.

¡Qué obra seductora la de Estanislao Zuleta, ese autodidacto de la filosofía! Libro admirable éste, como todo lo que de su pluma salió. Como un rey Midas, Zuleta convertía en oro todo lo que tocaba.

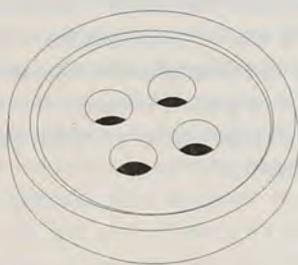
En realidad, el libro entero es una serie de conferencias dictadas en 1976; es decir, cuatro años antes de la presentación de su admirable *Elogio de la dificultad*, y dedicadas a comentar, para sus alumnos, los Diálogos de Platón. Y aunque no presumo de filósofo, me acercaré como lector abierto, puesto que el libro no va dirigido a "iniciados" (el propio Zuleta habría abominado tal acercamiento), sino a lectores que pueden entender, o imaginar que entienden, como diría Borges.

Este librito, que va poco a poco convirtiéndose en un clásico, es un canto al pensamiento lógico y nos recuerda esas conferencias de García Morente que se hicieron tan famosas hacia los años cincuenta...

Lo primero que nos quiere enseñar Zuleta es que la lógica, como las matemáticas, forman parte indisoluble de nuestra vida y que de ellas no podemos escapar. No recuerdo quién escribió que no conocía a nadie, por apresurado que estuviera, a quien le sirviera un dato errado.

En efecto, dice Zuleta, la lógica no es una alternativa por la que podamos optar; no podemos decidir si vamos a emplearla o no. Resulta inevitable y está presente en cada frase que pronunciamos.

No así la política, digan lo que digan los interesados en convencerlos... El propio Platón cuenta, en una carta a los amigos de Dión, su escepticismo frente a una actividad que, dice Zuleta, le parecía en conjunto horrible, a pesar de haber escrito *La república* y *Las leyes*. Otra cosa es que su mirada cambió cuando tuvo oportunidad de aplicar en la práctica algunas de sus teorías en el reino de Siracusa. Ahora bien: Platón no cree que el hombre pueda escapar de la política. Aun antes de Aristóteles, con su *zoon politikon*, el apoliticismo no es posible ni hay valor alguno por encima de la política. Y Zuleta lo defiende con el método platónico:



La posición, por ejemplo, de aquel que dice no defender el interés de un grupo, de una clase, ni de un individuo, sino sólo la paz y la cordialidad es una posición política. La paz y el orden pertenecen a lo político y aquel que sostiene esa tesis es un político, porque está proponiendo al que sufre la explotación y los abusos que los sufra en paz, por lo cual le estarán muy agradecidos los explotadores y los abusadores, porque esa propuesta es la política de ellos. La posición que presume de no defender ningún interés sino sólo la verdad, defiende la idea de que no hay nadie a quien le interese que la verdad no se conozca, pero de esa clase de

hombres también puede haber: alguien que esté profundamente interesado en que no se conozca la verdad. Entonces conocer la verdad puede contradecir un interés; quien defiende solamente la verdad, también defiende un cierto interés y ataca otro. Lo que dicen ahora con tanta frecuencia los pensadores de nuestro tiempo ya lo sabía, pues, Platón. No podemos escapar a la política. El apolítico hace una política, una cierta política, que es generalmente la política de los poderosos.

El filósofo busca la verdad. La primera imagen del político es la inversa: quiere que una tesis gane. La lógica —agrega Estanislao Zuleta— siempre se supone de antemano. Podemos discutir si estamos construyendo correctamente un razonamiento; pero no podemos discutir si estamos o no estamos empleando la lógica. Y como él mismo nos cuenta, Nietzsche decía que era absurdo pretender enseñar física sin haber creado en las personas la necesidad real de pensar en términos exactos o, cuando menos, alguna inquietud sobre la inexactitud y vaguedad de su pensamiento sobre los fenómenos de la naturaleza.

Lo dañino y ajeno al orden filosófico es ahorrar el esfuerzo de la imaginación o de la inquietud que necesita el saber efectivo, dice en una de las conferencias (21 de febrero). Con la mayor propiedad, como pez en el agua, Estanislao Zuleta nos va transportando a través de los diálogos de Platón, picando en uno y en otro, al solaz de una conversación aparentemente improvisada, más que de una cátedra magistral...

Como Sócrates, Zuleta fue por encima de todo un maestro oral, aunque profesaba que las ideas no se transmiten, puesto que el tiempo del advenimiento de un saber no se puede anticipar mediante una información. Sócrates, dice, no creía en la instrucción ni en la enseñanza, entendidas como transmisión, ni creía en las ideas que se aprendían de otros. Las ideas deben ser producidas por cada uno, y, por lo tanto,

el problema fundamental del aprendizaje es el combate contra lo que impide producirlas (conferencia del 14 de febrero). En realidad, no sabemos en qué medida lo que llamamos “blanco” “lo vemos todos igual... de lo único que quedamos informados es de que las llamamos igual... pero no de si las vemos igual. Es una tesis que en la historia de la filosofía posterior recibirá el nombre de solipsismo, es decir, cada conciencia queda reducida a sí misma sin una comunicación efectiva posible” (pág. 48).

Y es ese método socrático, cantado y llevado a su perfección por Platón, el que Zuleta quiere explicar. ¿En qué consiste? En primer lugar, en enseñar por medio de preguntas. El segundo principio es la ironía. Zuleta lo expone en forma modélica:

Sócrates pregunta a su interlocutor sobre cualquier tema... Si la respuesta no contesta a la pregunta, le muestra que no era eso lo que le estaba preguntando y vuelve a insistir en su pregunta. Pero si la respuesta contesta a la pregunta, aunque sea en una forma desacertada, es decir, si la respuesta inicial es, como sería de esperar, una opinión, entonces Sócrates acepta esa respuesta como punto de partida. Incluso, trata de reforzar la respuesta y cita a otros autores que también la han dado. Pero obliga a su interlocutor, por medio de nuevas y nuevas preguntas, a que sea consecuente con su respuesta, hasta el punto de obligarlo lógicamente a reconocer consecuencias de su respuesta con las que no está de acuerdo pero que, sin embargo, se desprenden de la respuesta que dio al principio. Entonces, el interlocutor descubre que la respuesta que dio no corresponde efectivamente a lo que se le preguntaba.

Ésta, pues, es la ironía socrática.

Platón niega que la esencia de las cosas pueda desprenderse de los ejemplos, pues no sabemos siquiera si estos corresponden a las imágenes.

Prácticamente, dice Zuleta, toda la obra de Platón se da en la elabora-

ción de dos tesis que parecen opuestas: primero, una exigencia racionalista máxima. El pensamiento, dice Platón, es un discurso, y como tal se da en el lenguaje y no antes del lenguaje. Esta idea se desarrolla principalmente en *El sofista* y en el *Teeteto*. La otra idea fundamental es que a la verdad sólo se puede llegar por medio de una experiencia privilegiada, que bien puede ser el amor, o el sueño, o la locura. De ahí el puente que tiende Zuleta entre Platón y Freud. Sin acudir a Freud, piensa Zuleta, es imposible entender algunas ideas platonianas. Hubiera sido interesante ver qué habría opinado Zuleta de los descubrimientos de la neurociencia, entre ellos los del profesor Llinás, que están rebatiendo por completo, y con evidencias físicas y químicas, a Freud y a todo el psicoanálisis. Y ello lo lleva a examinar la paradoja de la memoria, como ha sido estudiada a fondo por Derrida. “La más grande paradoja de la memoria, que vamos a enfrentar con Platón y Freud, la que resulta más inquietante en la teoría de la reminiscencia, es que esa cera, ese papel, o como ustedes quieran expresarlo, ya están siempre escritos”.



El amor, en *Fedro*, es por encima de todo una experiencia de recuerdo. “El amor se define directamente allí como la captación de algo anterior, de un recuerdo oscuro que hoy podríamos llamar inconsciente, de la pertenencia a una relación anterior olvidada”.

Con una sencillez asombrosa, Zuleta nos declara en veinte palabras la esencia del discurso sofístico:

La moral de la sofística consiste en imponer, por medio de discursos, una valoración que precede a todo orden de verdad, y en procurar una aceptación, por verosimilitud, de lo que previamente se declara bueno; y en un rechazo por inverosimilitud, pero no por falsedad, de todo aquello que previamente se declaró malo.

Rara vez Zuleta menciona autores contemporáneos. Pero cuando lo hace, comienza con Kant (sobre todo acerca de su demostración de que todas las pruebas de la existencia de Dios no tenían una estructura lógica y que sacaban como conclusión lo que habían puesto como premisa mayor) y pasa directamente al siglo xx con Freud (el amor tendría en Platón el sentido amplio que le da Freud al concepto de deseo), a veces con Kafka, a veces con Foucault, a veces con Lacan... A propósito, Lacan observa, como nos recuerda Zuleta, que de nada sirve dar respuesta a algo con respecto a lo cual todavía no se ha constituido una pregunta.

Nos recuerda Zuleta que en la teología de Heidegger, “muy particular y bastante brillante”, Dios no tiene libertad de desear nada, puesto que no carece de nada, así como la piedra, que como no carece de nada, tampoco tiene libertad.

Hacia el final, hay análisis muy ricos sobre conceptos anfibológicos como el de ‘justicia’, y Zuleta se arma de frases célebres para atacarlo. Así, Marx recordaba que el derecho consiste en otorgar un tratamiento igual a individuos desiguales. O Anatole France proclamaba que “queda prohibido a ricos y a pobres dormir bajo los puentes”. Marx, nos recuerda Zuleta, fue uno de los más finos detectores de anfibologías. Sería lo único, supongo. Siempre he pensado que Marx era lo que los médicos llaman un buen clínico. Tenía un ojo experto para diagnosticar pero pésimo para recetar.

Quisiera observar, para terminar, que creo que pocos han advertido que el método de polemizar de Platón fue utilizado hasta el cansancio, pero con felicidad, por ese inglés, maravilloso polemista defensor del catolicismo, que fue Gilbert K.

Chesterton. Las paradojas chester-tonianas son platonismo puro, los Diálogos de Platón transportados al siglo XX.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Un refrescante estudio sobre el capitalismo actual

Sistema mundo capitalista. Fábrica de riqueza y de miseria

Libardo Sarmiento Anzola
Ediciones Desde Abajo, Bogotá, 2004,
224 págs., il.

Libardo Sarmiento se ha distinguido por sus investigaciones sobre la realidad colombiana y mundial, destacándose su preocupación por la ecología, la economía, el socialismo, la concentración del ingreso y las características excluyentes del capitalismo colombiano. En todas sus investigaciones, Sarmiento ha mostrado un gran rigor teórico, reivindicando siempre su compromiso intelectual y político con un proyecto anticapitalista, hoy más necesario que nunca. Estos criterios, expuestos en varios libros y muchos artículos, se reafirman con el libro *Sistema mundo capitalista. Fábrica de riqueza y miseria*.



Este libro es un estimulante trabajo analítico sobre las características del capitalismo y del imperialis-

mo, el cual navega a contravía de las modas dominantes en la economía y en las ciencias sociales. Para empezar, el escrito se sitúa en el ámbito de una *pedagogía crítica*, lo cual quiere decir que no es una publicación académica convencional dirigida a los “expertos”, sino una elaboración intelectual de índole política que apunta a clarificar grandes problemas del mundo actual para que hombres y mujeres, externos al mundo universitario, se aproximen a la comprensión de esa realidad. Expresamente su autor manifiesta que el libro se propone “ofrecer elementos analíticos e instrumentos conceptuales para que el lector logre comprender los complejos mecanismos del sistema mundo capitalista que lo domina, lo oprime y explota y, de esta manera, potenciar sus acciones de transformación como persona y sujeto económico, social y político” (pág. 12).

Para ello, el autor recupera las categorías clásicas del análisis marxista del modo de producción capitalista, entre las que sobresalen las de capitalismo, imperialismo, Estado capitalista, clases sociales, crisis económica, explotación, trabajo, plusvalía, dominación, hegemonía, resistencia, socialismo... Este lenguaje es usado en una forma muy llamativa, sin ningún tipo de mecanicismo ni retórica, sino como una guía teórica para la comprensión del mundo actual. Desde este punto de vista, este libro no es un manual rígido y sin vida, como aquellos que tanto se han usado en el seno de la izquierda colombiana y latinoamericana, sino un texto vital y lleno de enjundia teórica y política, muy adecuado para los tiempos que corren, cuando predomina el conformismo y el culto apologético al capitalismo realmente existente. Por el tono, el convencimiento y la solidez analítica, el libro de Libardo Sarmiento supera a los manuales convencionales que, como todo manual, reducen la realidad a unas cuantas formulas mecánicas, y se constituye en una crítica razonada del nuevo desorden mundial.

Por supuesto, en este libro no se reproduce la retórica de la globali-

zación o del neoliberalismo, con todo su lenguaje complaciente con las nuevas y viejas formas de dominación nacional e internacional, sino que actualiza la crítica de la economía política del capitalismo, recordando las categorías críticas del pensamiento anticapitalista, a partir de una visión total del mundo, la única que puede proporcionar explicaciones coherentes en momentos en los que se ha impuesto la “totalidad opresiva” de la economía mundo capitalista.



Algunas tesis centrales, explicadas a lo largo de seis capítulos, guían el estudio de Sarmiento. Entre esas tesis sobresalen, a nuestro modo de ver, las siguientes: primera, el sistema capitalista es un inmenso generador de riqueza y miseria, como expresión dialéctica de su carácter contradictorio y esencialmente inhumano, en la medida en que la riqueza, producida por la mayor parte de la humanidad dolida, es disfrutada por una inmensa minoría en todo el planeta, mientras que el 80 por ciento de la población del orbe vive en la absoluta miseria y soporta espantosas condiciones de vida, si es que a lo que sufren todos los días se le puede llamar vida; segunda, el capitalismo mundializado actual es guiado por un imperialismo colectivo, hegemonizado por los Estados Unidos, del cual forman parte la Unión Europea y Japón. Ese imperialismo colectivo o como lo llama su autor, la *comunidad imperial*, se ha ido constituyendo en los últimos decenios mediante el diseño de una arquitectura económica, financiera, militar, institucional, política, ideo-